

EL MOMENTO ACTUAL Y LA FE CRISTIANA

Si se nos pidiera definir con una sola palabra la característica más sobresaliente de la época en que nos ha tocado vivir, nos inclináramos a hacerlo con la de *transición* y, en ocasiones, tal vez mejor con otra que, si contemplamos nuestro mundo, entendemos que se adaptaría aún más a la actual situación. Esta otra palabra es la de *confusión*.

Veamos, en rápidas pinceladas, algunas facetas o aspectos de la situación internacional. En la letra se ha llegado, tras interminables sesiones de la Conferencia convocada para lograrlo, a un acuerdo de paz en el Vietnam, ensangrentado durante muchos años por una guerra que parecía haber adquirido carácter de permanencia. (En el momento de trazar estas líneas, las noticias de las batallas que se libran en Camboya llevan a pensar que la paz tan trabajosamente conseguida ha sido, y es, más bien quimera que realidad).

Parece, pues, obligada la pregunta: ¿Qué hay en cuanto a la paz de los espíritus? Porque sin conseguir ésta, no cabe hacerse muchas ilusiones. Por ello, y lo digo de pasada, me conmovió ver en el edificio del Consejo Mundial de las Iglesias, en Ginebra, cuando en él estuve hace poco más de un año, a una docena de vietnamitas, vestidos con sus típicos ropajes, y que allí estaban para mantener conversaciones con los dirigentes del Consejo acerca de la labor que era necesario llevar a cabo por todas las autoridades religiosas del Vietnam (tanto del Norte como del Sur), a fin de lograr una pacificación de los espíritus, una vez que las armas guardasen silencio.

¿Y qué puede decirse del conflicto que ensangrienta ya por varios años Irlanda del Norte, y el cual no parece ceder en violencia? Yo sé que las informaciones que leemos en la prensa, o se nos dan por la Radio o la Televisión, no siempre expresan de modo suficientemente claro lo que, en el fondo de esa lucha, existe. (Una

lucha que, desde luego, todos los hombres de buena voluntad tienen que lamentar). Porque aun cuando se hallen enfrentados cristianos pertenecientes a la Iglesia Católica Romana y a Iglesias protestantes, no se trata tanto de una cuestión religiosa, cuanto de carácter social y, por supuesto, también política. ¡Ojalá que pronto cese esa contienda en tierras del Ulster, que lleva ya cobradas muchas víctimas, y que una paz, basada en la justicia, por una igualdad de derechos y deberes para todos sus habitantes, reconcilie a cuantos viven en Irlanda del Norte!

¿Puede añadirse algo nuevo, algo que aún no se haya dicho, en cuanto al conflicto del Medio Oriente, a esa pugna que cabría denominar secular, entre árabes y judíos, y que ya en varias ocasiones ha estado a punto de poner en peligro la paz del mundo? Hay cristianos a quienes resulta fácil enjuiciar este conflicto, pues con un criterio que habría que calificar de exceso bíblico, dicen que lo que en esa neurálgica zona sucede es el cumplimiento de ciertas profecías de la Biblia. Creyendo como el que más que todas las profecías de la Biblia han de tener su cumplimiento, creemos que lo que procede es buscar también, para la actual tensión, otras causas. Porque, por ejemplo, si al crearse el Estado de Israel, hace ahora veinticinco años, a quienes entonces hubieron de abandonar sus tierras, sus casas, sus trabajos, se les hubiese facilitado una vivienda y un vivir dignos, no barracones en campos de refugiados, y ciertamente no como una solución muy transitoria, pues por los muchos años transcurridos puede ser calificada más bien de permanente, tal vez la tensión existente hoy día, no existiría, o se manifestaría mucho más débilmente.

En el área internacional podríamos continuar citando puntos y puntos de fricción, cuando no de animadversión, de odio, de guerra templada, pues calificar muchas de las cosas que suceden de guerra fría, parece algo en exceso suave. Pero, permitidme que dé por concluso este rapidísimo examen de la panorámica internacional, citando sólo tres de los conflictos más agudos, para deciros en muy pocas palabras algo en relación con el panorama que se nos ofrece en nuestra amada Patria.

Sería cerrar los ojos a la realidad, y, además, muy ilusorio, pensar que entre nosotros todo marcha a pedir de boca. Porque, ¿no vemos a nuestro alrededor injusticias, actos de mala voluntad, etc.? Al leer diarios y revistas, al escuchar las noticias de la Radio, o contemplar las de la Televisión, fácilmente puede comprobarse que, como humanos que somos, también nos alcanzan (aunque, admi-

támoslo con alegría, no tanto como en otros países), muchas de las cosas a que estamos refiriéndonos. Por eso, cuando hace poco, el Cardenal Arzobispo de Madrid pedía, en Documento pastoral hecho público, una reconciliación, no sólo entre los fieles de la Iglesia Católica Romana, sino entre todos los españoles, es obligado pensar que no estaba hablando, ciertamente, y séanos permitida la expresión, a humo de pajas. Y sobre este apartado no me extiendo más porque, a cualquiera de vosotros, ha de ser fácil completar, pues puede apreciarlo "in situ", una veraz apreciación de la situación.

Pasemos ahora a decir algo sobre una de las cuestiones más candentes de nuestro tiempo: la juventud. Fácil resulta echar las culpas sobre otros, pero nosotros, adultos, ¿no deberíamos considerar que lo que sucede en la juventud es, en parte al menos, culpa nuestra también? Leía hace unos días un libro del famoso evangelista norteamericano Billy Graham, a quien conozco personalmente, habiendo traducido al español varios libros suyos. El libro a que aludo se titula "La generación de Jesús" y su autor refiere de un amigo suyo, actor, quien había dado a su hijo, aún pequeño, todas las cosas que el hijo le había pedido. El padre hubo de sentirse, por tanto, muy profundamente dolorido un día en que el niño se encaró con él, diciéndole: "Papá, te odio". Cuando el padre pudo recobrar su aplomo y le preguntó el por qué, el niño contestó: "Porque me has dado demasiado". Una condescendencia excesiva puede producir efectos bien contraproducentes de los que se desean, o se buscan.

En este mismo libro citado, Billy Graham se refiere a otro amigo suyo, que vive en Florida, en los Estados Unidos de Norteamérica, cuyo hijo abandonó los estudios a los diecisiete años. Se rebeló contra todo lo que sus padres apoyaban o defendían. Abandonó la casa, y anduvo por California. Sin dinero, solitario, desanimado y entregado a las drogas, se encontraba un día en una carretera tratando de conseguir un viaje gratis (haciendo auto-stop diríamos nosotros), cuando ante él se detuvo un camión. Tres jóvenes tipo hippies viajaban en la cabina. Cuando le preguntaron a dónde iba, les respondió: "¡A ninguna parte!". "Entonces, sube", le dijeron los de la cabina. Pertenecían al Movimiento titulado "Jesús People". Se habían parado ante él porque habían tenido la sensación de que este joven se encontraba necesitado. Le recibieron, le demostraron cariño, le proporcionaron lo que necesitaba, y le llevaron a los pies de Cristo. La vida de este joven fue transformada por completo. Regresó a la casa paterna, contrajo matrimonio con una joven cre-

yente y ahora asiste a la Universidad. Es una nueva criatura en Cristo Jesús, y ha dejado de ser un fracasado.

Esta sensación de fracaso que muchos jóvenes dicen tener y sienten padecer, es algo que nos resulta a algunos muy difícil de entender. Porque parece natural que hable de fracaso quien, habiendo alcanzado una cierta edad, se dé cuenta de que, por propia culpa, o con independencia de sus esfuerzos, no ha conseguido la meta o metas que se propuso para su existencia. Pero es antinatural que hablen de fracaso quienes por razón de los pocos años de su edad, es dable pensar que tienen aún mucho camino por delante para enmendar, y superar, todo lo que haya podido llevarles a uno o a varios fracasos, casi siempre más aparentes que reales, puesto que, por la razón apuntada, no cabe considerarlos como definitivos.

La caída del Imperio Romano se debió, en buena parte, y como es de todos sabido, a la vida fácil, muelle, llena de placeres de toda clase, a que se habían entregado gran parte de sus súbditos. ¿No puede hallarse, en una similitud diferenciada, claro está, el mismo motivo, para explicarnos esa sensación de fracaso, de hastío, de apatía, de indiferencia, ante todo y ante todos, que parece ser la tónica dominante entre buen número de jóvenes hoy día?

Siempre se ha distinguido la juventud, y la sana juventud debe continuar distinguiéndose así también ahora, por su entusiasmo, por su entrega a un ideal, por su nobleza, por tantas magníficas cualidades como vidas llenas de vigor es normal que posean. ¡Dios quiera que los altos ideales del Cristianismo prendan más y más fuertemente en los jóvenes, y El haga que Cristo, cuya entrega, espíritu de sacrificio, firmeza de carácter, en servicio y obediencia a la encomienda recibida del Padre, sea en medida creciente el ejemplo que atraiga a muchos jóvenes. Ello haría que todos pudiésemos contemplar, con menos temores e inquietudes, es decir, mucho más despejado que, por el momento podemos verlo, el horizonte futuro de la Humanidad.

Para ofrecer una nueva característica del momento en que vivimos, es obligado (y nos interesa en grado supremo, claro está, el hacerlo así), que dirijamos una mirada a la Iglesia Cristiana, en su conjunto, y a las Iglesias cristianas, en particular. ¡Cuán distinto el panorama que la Iglesia y las Iglesias nos ofrecen ahora, si lo comparamos con el de años atrás, y, ciertamente, no el de un excesivo número de años! Estructuras, doctrinas, prácticas, consideradas tradicionales, se han venido abajo, o se está a punto de que así suceda. Se huye deliberadamente de lo que algunos denominan moldes pre-

fabricados, de todo lo que sea —o parezca— arcaico. Y lo peor del caso es que gran número de los que quieren romper con el pasado, considerando que debe desaparecer, nada nuevo ofrecen a cambio. Parecen conformarse con un criterio y una conducta iconoclastas.

Si una actitud así obedeciese siempre a un alto sentido de espiritualidad, nada tendríamos que objetar. Recordemos lo que nuestro bendito Salvador y Maestro dijo a la mujer samaritana. (S. Juan 4: 22-24). Aquella mujer, que había ido a buscar agua a la fuente de Jacob, en la ciudad de Sichar, de la región de Samaria, extrañada por el hecho insólito de que un hombre (Jesús), siendo judío, le pidiese de beber a ella, mujer samaritana (y el evangelista nos dice, para explicar tal extrañeza, “porque los judíos no se tratan con los samaritanos”) luego de haber escuchado de los labios divinos cosas que la llevaron al convencimiento de que aquel hombre que con ella hablaba era profeta, plantea al Redentor un asunto que, a la sazón, era objeto de fuerte controversia entre judíos y samaritanos: —“Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde es necesario adorar”. La respuesta de Jesús, ¿contribuyó a la decisión tomada poco después por la mujer samaritana? Porque el Señor y Maestro le dijo así: —“Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salud viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran en espíritu y en verdad es necesario que adoren”. No el lugar donde se adore, sino la sinceridad de la adoración que se le rinda, es lo que vale ante los ojos de Dios. Y sin con ese espíritu, y en esa actitud, se le adora, ¿qué más da que se haga en Jerusalén que en el Monte Gerizim... o en otra parte?

El Arzobispo Temple, que lo fue de Cantérbury no hace muchos años —exactamente de 1942 a 1945— se expresó así: “La fe no consiste en sostener doctrinas correctas, sino en la comunión personal con el Dios vivo... Yo no creo en ningún credo, pero empleo ciertos credos para expresar, conservar y profundizar mi fe en Dios”. Es decir, situaba muy por encima de las formulaciones conseguidas por los hombres (y por felices que éstas puedan ser), el hecho de su comunión personal con Dios, claro exponente de su religiosidad, de su fe. Aquí cabría aplicarle, así como a cuantos le hayan seguido en esta línea de elevada espiritualidad (salvando, naturalmente, la abismal diferencia que existe entre nuestro Salvador y todo hombre, por grande que un hombre fuere) las palabras con las que,

escribiendo a los fieles de Filipos, se refiere o aplica el gran apóstol de las gentes, a nuestro Señor Jesucristo: "El cual, siendo en forma de Dios, no se aferró en ser igual a Dios, anonadándose a Sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en la condición como hombre, se humilló a Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le ensalzó a lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos y de los que están en la tierra, y de los que están debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre". (Filipenses 2: 6-11).

Lo dicho no quiere indicar que no haya de darse ninguna importancia ni a Credos, ni a Declaraciones de Doctrina, ni a Confesiones de Fe, a las que las diversas Iglesias cristianas han llegado, tras muchos años, y aun siglos, de estudio y meditación, y, ¿por qué dudarlo?, de clara inspiración del Espíritu. Ahora bien, lo que sí quiere indicar es que lo importante no es el continente sino el contenido; que no cuentan los labios que recitan mecánicamente un Credo, ni las mentes que prestan superficial y externa conformidad a Declaraciones de Doctrina o Confesiones de Fe, sino los corazones que sienten y creen firmemente en Credos, Declaraciones de Doctrina o Confesiones de Fe; las voluntades dispuestas a poner en práctica (con la ayuda de Dios, y viviéndolas, para su propio beneficio espiritual, y para el de cuantos se hallen cerca de los que así obren), las verdades que expresan esos Credos, esas Declaraciones, esas Confesiones.

En un himno anglo-sajón se dice: "Dios obra por senderos misteriosos las maravillas que el mortal contempla", y, en la Iglesia, en estos días de transición, y aun de confusión, en que tantas cosas se han modificado, otras se han abolido, y otras se desea suprimir, el creyente debe mantener firme su profunda convicción de que todo lo que suceda, Dios habrá de derivarlo para bien. Porque, en definitiva, y aunque, a veces (y, claro está, con la mejor de las intenciones) sea frecuente que oigamos decir, o que digamos, "nuestra Iglesia", la Iglesia es de Dios, y el Señor la guía, sostiene y prospera, según sus sabios y misteriosos designios, y El ha prometido que las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.

Confusión, sí, porque aun cuando la Iglesia es del Señor, El ha encomendado su dirección a los hombres, y, por tanto, es inevitable que alguna exista; temor por su futuro, ¡jamás!, aunque en períodos de transición como el que estamos atravesando sean múltiples

las cosas que, en ocasiones, inclinen a muchos a pensar en un futuro incierto no sólo para la Iglesia, sino para todo lo que la Iglesia significa y representa.

Para ilustrar esto que digo, voy a mencionar un hecho que me sorprendió muy favorablemente al tener de él noticia. Es el siguiente: Por espacio de dos años, he sido miembro del Comité Ejecutivo de la Conferencia Regional Europea de las Sociedades Bíblicas Unidas, cuyo cometido consiste en asesorar la labor de producción, distribución y difusión de la Biblia. Pues bien, en las reuniones a que asistí, en la mencionada calidad, pude enterarme de que, excepto en Albania, en todos los países europeos de detrás del telón de acero, el trabajo de difundir las Escrituras está organizado, bien mediante Librerías o Agencias abiertas al público, como es el caso de Varsovia, o bien mediante personas (pastores o laicos) que tienen Depósitos y distribuyen ejemplares de las mismas. Y no son pocas las almas que en esos países, en los cuales no está bien visto el ser religioso, han hallado a Cristo como su personal Salvador mediante la lectura de la Palabra de Dios, y lo manifiestan abiertamente, aunque el hacerlo, pueda suponerles molestias y, a veces, mucho más. Y es que, como dijera Jesucristo al tentador: "No sólo de pan vive el hombre", y en lo profundo de todo ser humano hay inquietudes y necesidades espirituales que sólo Cristo puede calmar y satisfacer. Porque, como bien afirmara San Agustín, Dios nos ha hecho para El y las almas no encuentran descanso hasta que lo hallan en El.

Todo lo hasta aquí manifestado nos lleva como de la mano a la segunda parte del título de este trabajo, y sobre la que vamos a decir algo siguiendo la línea de un gran pensador evangélico sudamericano, no ha mucho fallecido.

¡La Fe Cristiana! ¡Cuánto podría hablarse sobre ella! Pero sólo vamos a referirnos, para no hacer más extenso de lo prudente nuestro trabajo, a tres grandes verdades que la Fe cristiana proclama, que son válidas hoy, como ayer, y como habrán de serlo siempre, porque responden a tres grandes verdades: la creación de Dios, la redención de Jesús, la obra reveladora y santificadora del Espíritu Santo, y contestan a inquietudes que han tenido, tienen y tendrán, mientras el mundo exista, los hombres y las mujeres de todas las épocas y de todos los pueblos: conocer su origen, su destino, y saber cómo pueden entender y cumplir mejor la obra para la cual han venido al mundo.

El Pastor francés Marc Boegner afirmó en un libro que "Dios

es el eterno tormento de los hombres". Y nuestro gran Unamuno dijo que lo importante, en definitiva, no es que exista o no Dios, sino que todos le deseamos. Puede haber, y hay, filosofías que nos hablan de muchas cosas que cuesta trabajo aceptar; científicos que nos explican, a su manera, cómo fue hecho todo lo que vemos, y cuanto está oculto a nuestra vista, por lejano, y a causa de nuestra finitud como mortales. Pero filósofos y científicos, aún cuando traten de hallar explicación para sus teorías, han de partir siempre de un punto inicial, a veces muy oscuro. Felizmente, las afirmaciones darwinianas que tanto auge tuvieron el siglo pasado, han sido desechadas, y hoy son pocos los que admiten que el hombre descienda del mono. ¡Cuánto más lógico y convincente resulta admitir la afirmación que encontramos en el primer versículo del primer capítulo del primer libro de la Biblia: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra".

Por eso, la gran primera afirmación que la Fe cristiana tiene que hacer es que Dios reina y conduce el mundo, que ha creado, según su santa voluntad, y que en la concepción novotestamentaria, El es un Padre que ama a sus hijos. Y su reino, el Reino de Dios, es la acción gubernativa y soberana de Dios manifestándose bajo formas de leyes y prescripciones que no sólo proclaman la justicia de Dios sino también su amor. Por tanto, la Fe cristiana ha de afirmar siempre que, a pesar de todas las apariencias contrarias, a pesar de todos los horrores que constantemente se dan en nuestra tierra, Dios gobierna a los hombres, nada ocurre sin su voluntad, pues "ni un solo pajarillo cae a tierra sin su beneplácito", y hasta tiene contados los cabellos de nuestras cabezas. ¿Qué Fe cristiana sería aquella que se aviniese a aceptar, a causa del pecado de los hombres, que Dios no es totalmente soberano?

Para aquellos que se burlan de Dios, negando su existencia o su intervención en nuestras vidas y no cuidándose de su ley, la Fe cristiana ha de decirles que Dios existe, que gobierna, que tiene una ley para los hombres: el que la respete, vivirá; el que la abandone, morirá.

Puede ser que esto no sea del agrado de muchos, pero hay que evitar esa corriente que ha penetrado en algunos teólogos y en algunas Iglesias cuya predicación desprovista de cierta severidad no lleva a un conocimiento más profundo del amor de Dios sino que es un torcimiento del Evangelio, una demagogia espiritual, una manera de acomodarse al gusto popular que está lejos de asemejarse a la voluntad divina.

La Fe cristiana ha de proclamar también la redención cumplida por el Unigénito Hijo de Dios, por Jesús de Nazareth. La predicación del Reino de Dios, por los profetas, y en las que no falta la noción del amor de Dios, es el Evangelio del Antiguo Testamento. Pero esa buena nueva sólo era una promesa. Siendo la Ley de Dios demasiado santa para el mundo corrompido, frente a ella el hombre se descubría pecador, y el Reino de Dios se le aparecía como el Reino de los cielos, como un Reino que no es de esta tierra. El creyente del Antiguo Pacto fundado en el amor de Dios creía, a pesar de todo, que participaría del Reino de Dios; esperaba firmemente el milagro redentor sin saber cómo habría de cumplirse.

Los discípulos de Jesús fueron "los bienaventurados cuyos ojos vieron lo que tantos profetas y reyes quisieron ver y no lo vieron". Fueron los testigos del cumplimiento del tiempo, del cumplimiento de la promesa. El Evangelio ya no es únicamente la proclamación del Reino de Dios sino, además, la proclamación del acercamiento de ese Reino, la predicación de la venida del Reino de los cielos, en Jesucristo, sobre la tierra; de manera que, desde Juan el Bautista (el único profeta del cumplimiento) hasta ahora, el Reino de los cielos es la presa de los hombres (ellos pueden pretender cumplir toda la ley divina) y son los violentos (los que, como Juan el Bautista, predicaban el Reino de Dios con severidad) quienes se apoderan del Reino". ¿A qué se debe esa posesión del Reino por los hombres? A la obediencia y muerte de Jesús "crucificado por los hombres y hecho Señor y Cristo por Dios al liberarle de los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella". Por su obediencia, no habiendo venido para abrogar la ley, sino para cumplirla; por su victoria sobre "el príncipe de este mundo que nada tuvo en El", Jesús satisfizo la exigencia divina del cumplimiento de la ley. Por su muerte, última consecuencia de su total obediencia, de su servicio a los hombres, pues "el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos", Jesús satisfizo la exigencia divina de aplicación del castigo. El Hijo del hombre cumplió perfectamente toda la ley, no para presentarse como modelo supremo, y, por lo tanto, agobiador, sino para ofrecerse finalmente como víctima sin mancha en el sacrificio expiatorio de la Cruz del Calvario. Y Dios le resucitó, y Jesucristo apareció resucitado a los suyos para dar la certidumbre de la redención y justificación de los pecadores. ¡He ahí el cumplimiento de la promesa! Dios ya no promete el perdón: ¡perdona efectivamente! Ahora la Palabra se ha hecho carne. Y la humillación de la encarnación lleva a la humillación de la Cruz He

ahí la suprema manifestación de la misteriosa gracia de Dios que perdona a los hombres sacrificándose a Sí mismo en su Hijo Jesucristo.

Por último, la Fe cristiana debe proclamar la revelación del Espíritu Santo. La obra redentora de Jesucristo es a favor de los hombres, porque ha sido hecha para Dios. Los Evangelios nos repiten constantemente que la Cruz es una necesidad de orden divino. Así, pues, la redención (la justificación y la expiación por medio de la obediencia y muerte de Jesús) es algo que ocurre entre el Padre y el Hijo. Los hombres no son sino los espectadores de ese drama al cual, en verdad, asisten sin comprenderlo y sin poder comprenderlo. Después de la crucifixión los discípulos están en completa oscuridad: “Esperábamos —dicen— que El era el que había de redimir a Israel”. Aunque todavía apegados al Maestro, creen que todo está perdido. Pero el Resucitado se les aparece para confirmarles en su fe, para darles la certeza no de la derrota, sino de la victoria. Sin embargo, con la resurrección los discípulos no tienen aún la inteligencia de la obra redentora. Para ello les falta “el poder de lo alto” que les es prometido por Jesucristo antes de su Ascensión y, finalmente, les es dado el día de Pentecostés. En ese memorable día, el Espíritu Santo —espectacularmente concedido para marcar de una vez su intervención absolutamente necesaria— completa la fe de los apóstoles dándoles la inteligencia divina de la obra redentora. Es entonces cuando los discípulos salieron a predicar con entera convicción.

El milagro de Pentecostés nos hace saber que la fe, la aceptación del Evangelio, el reconocimiento de Jesús como Señor y Salvador, depende de la revelación del Espíritu Santo. —“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”. Nada hay en el hombre —en el hombre pecador, separado de Dios— que le permita comprender la obra divina. Todo se convierte en luz encandiladora, por la fe que crea en nosotros la revelación del Espíritu Santo. La revelación es absoluta, de modo que nada puede justificar, ante “la carne y la sangre”, ante la lógica o el sentimiento humanos, la verdad del Evangelio. Todo esfuerzo de esta índole corresponde a la justificación por las obras, de la que Jesucristo nos ha liberado por su obediencia hasta la muerte. Pero no olvidemos que la última exhortación de Jesús dice: “Seréis mis testigos”. En el proceso mundial en que Jesús es el acusado no nos toca intervenir como abogados (Jesús dependería, entonces, de nosotros y, por lo tanto, seríamos nosotros los redentores del mundo), sino como

simples testigos que afirman los hechos evangélicos, sabiendo que en ellos está la verdad, que por ser verdad no necesita ninguna demostración.

Una pregunta para terminar: ¿Manifestamos así nuestra fe cristiana? Un examen de conciencia sería por parte de todos y de cada uno de los que nos lean, muy oportuno, para, por la inspiración del Dios Trino, caer de rodillas, y pedir: "Cristo, Cordero de Dios, ten piedad de nosotros", a fin de que se produzca en todos un arrepentimiento sincero a que lleva la verdadera fe. Esa fe con la cual nuestra labor de testimonio y de servicio, como Iglesia y como individuos, ha de cumplirse de acuerdo con la voluntad del Dios tres veces Santo. Esa fe con la cual nuestra tarea evangelizadora será efectiva. Esa fe con la cual hemos de poder sobrepasar todas las dificultades que encontremos, pues no hay fuerza humana que pueda oponerse al poder de Dios. Con la fe en el Dios Todopoderoso, daremos testimonio. Y si estamos dispuestos a ser testigos de Jesucristo en toda nuestra vida, y con toda nuestra vida, ha de llegar el día en que no sólo nuestro pueblo, sino todos los pueblos, serán discípulos de Jesucristo, único Señor y Salvador del mundo.

Ramón TAIBO SIENES

Obispo de la Iglesia Española
Reformada Episcopal

(Conferencia pronunciada el día 28 de marzo de 1973,
en la Iglesia Catedral del Redentor, de la I. E. R. E.)

Madrid, abril de 1973.